

RICHARD J. NEUTRA

100 - 31

## **mis pensamientos, preocupaciones y esperanzas**

La ciencia física —y su derivada, la tecnología industrial— caracteriza con su pujante progreso los últimos cien años de nuestra civilización occidental.

Todos los meses, usted, arquitecto suscrito a las más interesantes revistas científicas, lee, en las páginas de anuncios, que el “progreso” no se detiene, y que nuevas materias y nuevos descubrimientos esperan ser utilizados. El mundo actual está lleno de fanfarronadas seductoras; su firmamento está tachonado con las brillantes estrellas de la novedad. Coleccionarlas —las estrellas, las fanfarronadas, las novedades— llevaría mucho tiempo. Sería un trabajo parecido al que realiza un dibujante de modas.

Pero la labor de un arquitecto y proyectista urbano es muy diferente a la de un modisto femenino, el cual necesita una novedad cada primavera y cada otoño. La labor del arquitecto se ocupa de inversiones a largo plazo. El cliente que necesita los servicios de un arquitecto pone en juego todos sus ahorros, explota cuantos créditos se le ofrecen y, generalmente, se convierte en un esclavo durante toda su vida para poder pagar las deudas e intereses contraídos. Si la satisfacción que le produce su nuevo domicilio no puede ser eterna, debe —al menos— durar largo tiempo. El arquitecto cumple así una misión humanitaria, y es perpetuamente responsable de ella. La amplia comunidad humana que vive en torno a su edificio es también su segundo y silencioso cliente, sea quien fuere aquel otro que primero depositó su confianza en él. Los proyectos arquitectónicos sobrepasan en mucho la vida de varias generaciones y, por ello, su validez debe ser lo más duradera posible.

Al colocar un edificio en un paisaje conviene manejar convenientemente los factores naturales que éste ofrece, y que cambian muy despacio a lo largo de milenios. Nuestra naturaleza interior—del mismo modo que ésta exterior que acabamos de citar—varía también muy lentamente, y es el material más fascinante y sensible en las manos del arquitecto que proyecta albergues humanos. El hombre, además de observar el conjunto, está integrado en él. Durante el pasado año, casi cien mil páginas dedicadas a la investigación biológica fueron publicadas en las distintas revistas del mundo. Conocemos ya, con bastante precisión, las reacciones de los seres humanos en contacto con el medio ambiente artificial que hemos creado, y que llamamos casa, barrio o ciudad. “Conocer al hombre” es una recomendación muy antigua en la filosofía. Y nosotros conocemos al hombre mucho más profundamente que Aristóteles o que los biólogos del siglo pasado. Tenemos que apoyar y suplir nuestra intuición con este conocimiento, si pretendemos servir al hombre, como arquitectos, como proyectistas, como artistas modernos. Para poderle servir de verdad, debemos respetar la naturaleza y no sustituirla alegremente por una mezcla más o menos coherente de fabricaciones de moda. Sólo pervive el proyecto realizado según las normas de la naturaleza, y parece siempre el que no las tuvo en cuenta.

Adecuar una casa a un paisaje determinado, y arreglarla a gusto del futuro residente, entraña una labor que escapa a los puros límites de la ingeniería. El ingeniero debe conocer y distribuir las fuerzas y tracciones que actúan en el acero y en el hormigón. Pero la valoración de las fuerzas y tracciones que actúan en el sistema nervioso de cada individuo corresponde solo al arquitecto. El dispone, por medio de un proyecto, los estímulos que la construcción provocará en el cliente. El perjudica o ayuda a los más íntimos procesos vitales. El mejora las condiciones naturales, o insensiblemente, contribuye a estropearlas. La vida de un arquitecto es valiosa y maravillosa; si amplía sus conocimientos y aplica sus intuiciones, puede servir con acierto a una vida mejor y a una supervivencia más feliz.

### **Pero ¿cómo se consigue esto?**

Llevo algún tiempo construyendo casas humanas en torno a este mundo que no encuentra su camino, y muchas veces me han hecho preguntas parecidas. ¿Qué significa ese Realismo Biológico que defiendo, y que pretendo introducir en la ciencia de la arquitectura? ¿Cuál es la principal ventaja que ofrece mi valoración desde el “punto de vista psicológico”, a la hora de trazar un proyecto?

La aceptación del proyecto por el cliente y por el gran público, es el factor fundamental en esa ciencia sanitaria que tan hermanada camina con nuestro famoso progreso científico. La civilización tropieza con obstáculos inesperados que producen irritación y cansancio; se parece a una prometedora autopista que se cuarteo o resquebraja inesperadamente. Profundos y desconocidos disturbios interiores conducen anualmente doce millones de personas, cuando menos, a aligerar sus cerebros recargados en las antenas de los psiquiatras. Así pagamos las consecuencias de este desmedido "saber como" que caracteriza a nuestro siglo.

Estamos obligados a investigar cuál es la parte del progreso que no tolera nuestra realidad biológica. Debemos especular menos y practicar más, aunque ello vaya en detrimento de la brillantez o de la renta.

En capítulos anteriores he tratado de establecer y demostrar el profundo error que la humanidad ha cometido al separar lo útil de lo práctico. Es una tontería inconcreta y especulativa, sin justificación alguna en la naturaleza, que es, al fin y al cabo, el dato concreto al cual nuestras investigaciones terminan siempre por referirse.

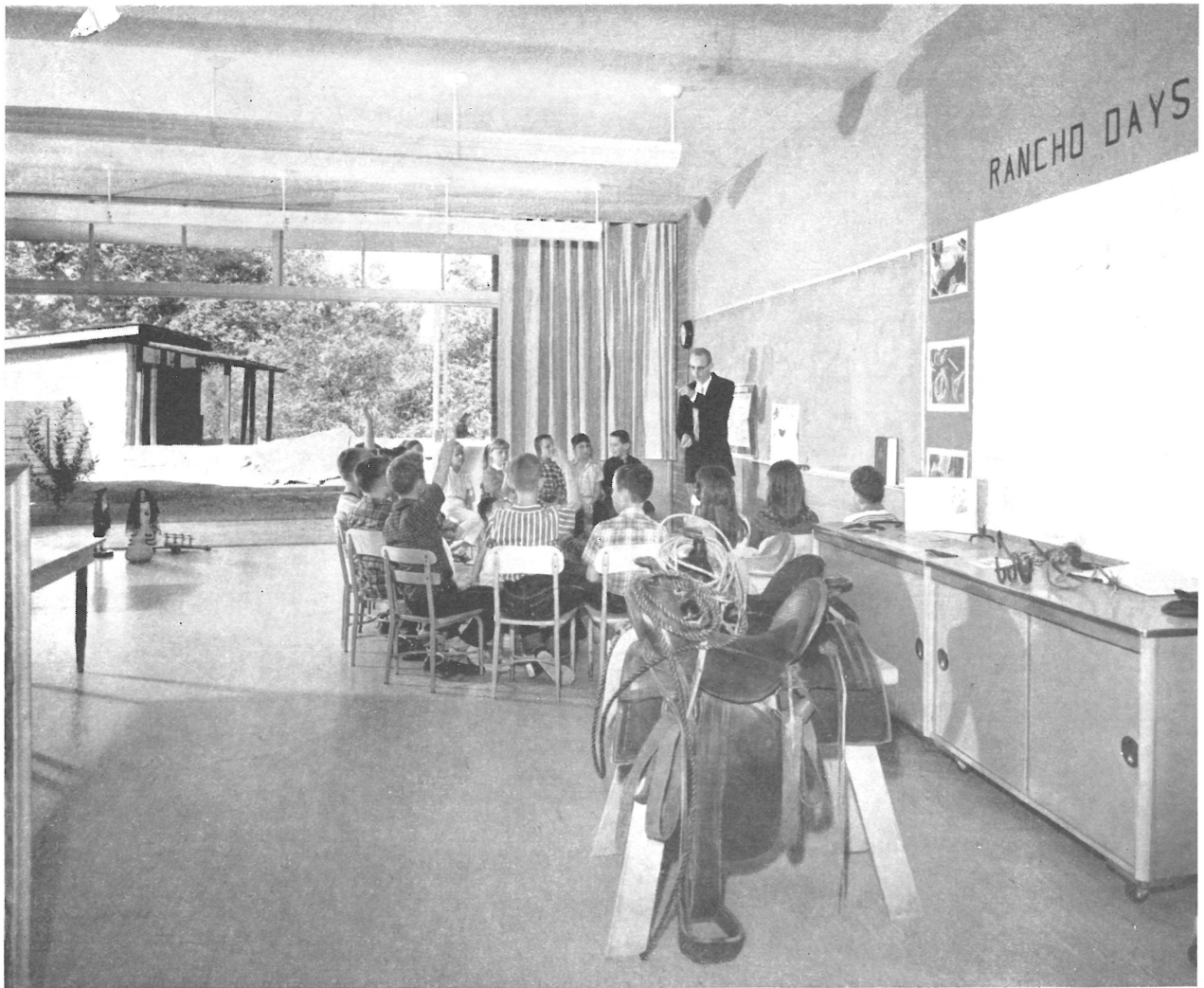
He tratado —a veces con cierto éxito— de desvirtuar la contraposición rígida y despreciativa entre el aspecto bello de una parte del edificio, y el aspecto horrible, pero necesario, de otra. Si observamos con un mínimo de imparcialidad la naturaleza, no podremos mantener durante mucho tiempo este punto de vista. Existen estadísticas de la naturaleza, que desmienten progresivamente las estadísticas degeneradas de los dólares y céntimos.

Conviene variar un tanto la estructura mental de ciertas personas que defienden todavía creencias en desuso. Es fácil demostrar que la "forma" no es un simple remolque tolerado por la cultura. La naturaleza nos enseña que las formas son auténticos instrumentos en el principio de las cosas.

En los parques nacionales de Africa, los leones rugen y las aves lanzan al aire su reclamo. Estas son formas *auditivas* muy expresivas y con consecuencias muy reales. Si caminamos por el campo al anochecer, vemos a las luciérnagas relampaguear y fulgurar como locomotoras vivientes.



Escuela elemental en  
Kester Avenue. Los  
Angeles.



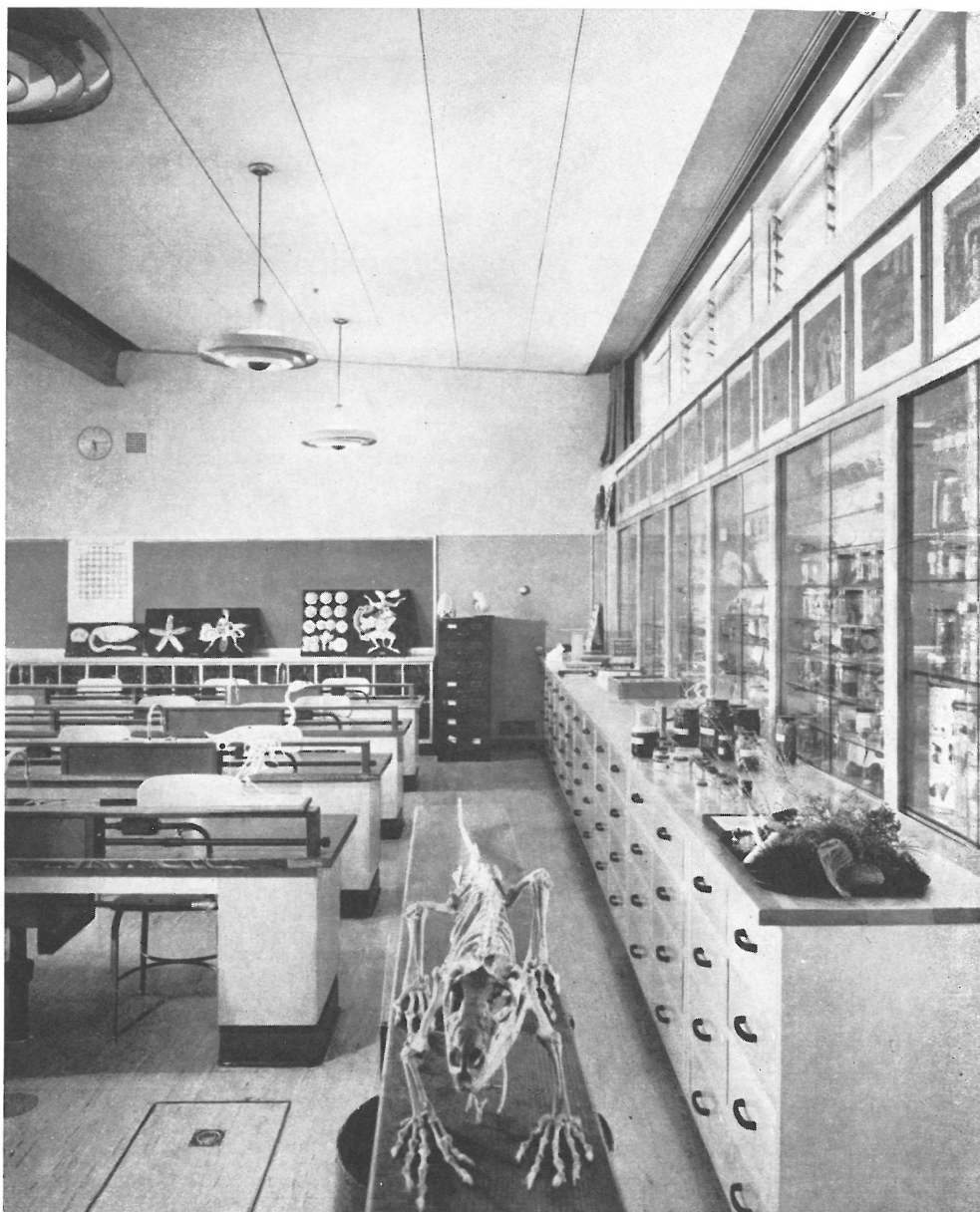
La luciérnaga hembra recibe la llamada de la luz, se dirige al macho, procrea, y entonces, característicamente, la luz se apaga. Un movido baile ha iniciado la función más necesaria para las luciérnagas, la función que asegura su permanencia en el mundo.

Universidad de California. Los Angeles.

He luchado con ahinco contra el dicho “la forma sigue a la función”, que pareció tan moderno durante todo el siglo pasado; siglo, por cierto, que sufrió las consecuencias de aceptar como ciencia la abigarrada mezcla que formaban reglas y cánones venidos de todas las partes del mundo, e ideadas por distintas personalidades. Pero no es así: la forma puede guiar y anteceder a la función. De hecho, las mariposas y los pájaros nos lo demuestran. ¿Quién sigue a quién? A veces, estas formas expresivas nos conducen a nosotros mismos, y nos maravillan en los acuarios, en los parques zoológicos. Surge aquí, inevitable, la comparación con San Francisco, que se entendía con los pájaros y los peces. No; la forma no va siempre detrás; la forma fué perfectamente comprendida por los hombres y los niños durante diez mil años. Creo sinceramente que la forma habla con más claridad que las palabras grandilocuentes y los números.

Durante mucho tiempo, realicé esta campaña sin ayuda de la buena sociedad, ni de nadie. Mis explicaciones hubieron de comenzar por su principio. Con esta lanza del “Realismo Biológico” tuve que luchar contra las barreras creadas por la influencia de las gentes que leen las páginas de anuncios, y dan su dinero a proyectistas que aplican los últimos descubrimientos, aunque lo hagan sin orden ni concierto. Hoy día, me hace profundamente feliz oír decir a alguno que mis edificios sirven para escuelas, para viviendas, para edificios públicos. Y si esto ha llegado a suceder, ha sido —estoy seguro— por una prudente aplicación de los principios biológico-realistas. Las reacciones humanas son siempre muy antiguas. La mayoría tienen su base en las condiciones orgánicas humanas y prehumanas de la naturaleza.





Museo de Historia Natural del Edificio Ciencia. Costa Mesa.

Fotos: JULIUS SHULMAN

Esto nos hace andar sobre terreno seguro, y nos facilita un método elemental y mil veces comprobado para trazar cualquier proyecto en materia de construcción. Es la única manera de suprimir la desconfianza de esos nuevos Santo Tomás, que solicitan con frecuencia nuestros servicios.

Tampoco se trata de olvidar completamente las cifras y los números. Sabemos que son necesarios, y que sirven a los fines del Realismo Biológico. Pero si nuestros proyectos no se hicieran en función de la observación directa de la naturaleza, de nada servirían los datos económicos, técnicos y utilitarios. Un cliente muerto —o desesperado, o desquiciado, o internado en un sanatorio— es un mal cliente. Mi carrera como arquitecto —desde que realicé la “Rush City reformad”, en 1925, hasta mi “Health House” en 1927— no hubiera sido posible durante aquellos difíciles primeros momentos, en los cuales el mundo occidental permanecía indiferente ante la moderna arquitectura; o —lo que es peor— se oponía resueltamente a ella. Pero los clientes comenzaron a meditar sobre sus necesidades fundamentales, y milagrosamente recibieron la simpatía intuitiva que sólo un arquitecto, a la vez técnico y artista, podía comunicarles. Sorprendidos por la penetrante inteligencia de ese arquitecto —de esos arquitectos—, le concedieron cada vez más su confianza y, por fin, expresaron su admiración y su entusiasmo. La vida, la importancia y el éxito de cualquier arquitecto, depende, en definitiva, de esto. Si una “teoría” da buenos resultados al ser aplicada —es decir, surge, de la nada, como surge el gran hombre de su soledad—, entonces esta teoría es verdaderamente práctica, y crece más allá de sus propios límites.

ove

*Durisol*

s. a.

Passo de C  
fá

PARCELONA  
(Barcelona)

lac



# Opalita

Ferraz, 35 - Teléfonos 48 39 33 - 48 23 36 - MADRID  
Balmes, 258 - Teléfono 28 97 95 - BARCELONA

**productos  
vítreos  
para revestimientos**

